

MARTIN AMIS

*La viuda
embarazada*



En *La viuda embarazada*, una novela muy celebrada por la crítica, Martin Amis se exhibe en su mejor forma: satírico, brillante, inteligente y profundo, una lectura tan indispensable como gratificante.

Puede que Keith Nearing esté pasando el verano de su vida. Tiene veinte años, y su novia Lily, tras tres meses de libertad para experimentar con otras costumbres y otros cuerpos, ha vuelto para que pasen juntos las vacaciones en un castillo en Italia. Porque es el año 1970, ya en plena revolución sexual. En el castillo, un grupo de jóvenes nadan a favor y en contra del cambio. Pero en los veranos hay brillos peligrosos, y un orden social que muere no deja un heredero sino una viuda encinta, y entre la muerte de uno y el nacimiento del otro, mucha agua ha de correr...

Para IF

La muerte de las formas contemporáneas del orden social debería alegrar más que conturbar el espíritu. Lo pavoroso, sin embargo, es que el mundo que fenece no deja tras de sí un heredero sino una viuda embarazada. Entre la muerte de uno y el nacimiento del otro habrá de fluir mucha agua, habrá de discurrir una larga noche de desolación y caos.

ALEXANDER HERZEN

narcisismo: s. Interés excesivo o erótico por uno mismo y por su apariencia física.

Concise Oxford Dictionary

Ahora voy a deciros cómo los cuerpos se transforman en otros cuerpos.

Las metamorfosis
(*Cuentos de Ovidio*, TED HUGHES)

2006 - A MODO DE INTRODUCCIÓN

Habían ido en coche a la ciudad desde el castillo, y Keith Nearing caminó por las calles de Montale, Italia, del coche al bar, en el crepúsculo, flanqueado por dos rubias de veinte años, Lily y Scheherezaade...

Esta es la historia de un trauma sexual. No fue a una edad tierna cuando le sucedió. Desde todo punto de vista, era ya un adulto; y consintió: consintió totalmente. ¿Es *trauma* realmente la palabra que queremos (del griego «herida»)? Porque su herida, cuando llegó, no le dolió en absoluto. Fue lo opuesto sensorial de una tortura. Ella gravitó sobre él desvestida e inerme, con las pinzas de la dicha: los labios, las yemas de los dedos. Tortura: del latín *torquere*, «torcer». Era lo opuesto a la tortura, aunque «retorcía». Lo destruyó durante veinte años.

Cuando era joven, a la gente que era estúpida, o estaba loca, la llamaban *estúpida*, o *loca*. Pero actualmente (ahora que era viejo) los estúpidos y los locos recibían nombres especiales derivados de aquello que les aquejaba. Y Keith quería uno. También él era un estúpido o un loco, y tam-

bién quería uno: un nombre especial derivado de lo que le aquejaba a él.

Observó que hasta los trastornos de los niños tenían nombres especiales. Y leyó cosas sobre estas supuestas neurosis y deficiencias imaginarias con la codicia de un padre curtido y ya cínico. Reconozco esa, se decía a sí mismo: también conocido como Síndrome de la Pequeña Mierda. Y también reconozco este: también conocido como Trastorno del Tipejo Perezoso. Estos trastornos y síndromes —tenía la seguridad absoluta— no eran sino excusas de las madres y padres para «dopar» a sus hijos. En Norteamérica, que —*grosso modo*— era el futuro, a la mayoría de las mascotas domésticas (aproximadamente un sesenta por ciento) se les administran fármacos que actúan sobre el estado de ánimo.

Pensando en el pasado, Keith supuso que habría estado bien, diez o doce años atrás, drogar a Nat y a Gus —como un modo de imponer de cuando de cuando un alto el fuego en su guerra fratricida. Y habría estado bien, ahora, drogar a Isabel y a Chloe —dondequiera que estuvieran armando sus voces con chillidos y alaridos estridentes (tratando de encontrar los límites del universo), o siempre que, con toda la frescura del descubrimiento, dijeran cosas increíblemente hirientes sobre su apariencia. *Papi, tendrías mucho mejor aspecto si te creciese un poco más de pelo. Oh, sí. Papi, cuando te ríes, pareces un vagabundo viejo y loco. Sí, pero tú entonces tienes que consultar al médico, e inventar alguna cosa contra ellos, e irte a hacer cola en la farmacia de las lámparas fluorescentes de Lead Road...*

¿Qué es lo que le pasaba?, se preguntó. Luego, un día (en octubre de 2006), cuando dejó de nevar y solamente llovía, salió a meterse de lleno en el meollo, en el fárrago de la A a la Z —las obras urbanas encharcadas, la ingente excavación de la ciudad de Londres—. Y allí estaba la gente. Como siempre, fue mirando las caras de una en una, y pensando: *Él...*, 1937. *Ella...*, 1954. *Ellos...*, 1949. Regla número uno: lo más importante de una persona es su fecha

de nacimiento. Es la que le pone a uno en la historia. Regla número dos: tarde o temprano, toda vida humana llega a ser una tragedia, a veces antes, siempre después. Y aún habrá otras reglas.

Keith se sentó en el café de costumbre, con su café americano, su cigarrillo francés sin encender (mera utilería, ahora), su periódico inglés de hojas grandes. Y allí estaban, las noticias, el último plazo del cosquilleo o el suspense, el gran libro apasionante titulado el planeta Tierra. El mundo es un libro que no podemos dejar de leer... Y él empezó a leer un artículo sobre una nueva enfermedad mental, una enfermedad que le hablaba en un susurro hostigador. Afectaba a los niños, la nueva enfermedad; pero donde mejor se desarrollaba era en los adultos, en aquellos que habían alcanzado la edad de discreción.

La nueva dolencia se llamaba Trastorno Dismórfico Corporal, o Trastorno de la Percepción de la Fealdad. Quienes padecían el TDC o TPF miraban la imagen reflejada de sí mismos y veían algo incluso peor que la realidad. A aquella edad de la vida (tenía cincuenta y seis años), uno se ha resignado a una sencilla verdad: cada visita al espejo le confronta, por definición, con una fealdad sin precedentes. Pero aquel día, mientras se inclinaba sobre el lavabo del cuarto de baño, sintió que se hallaba bajo el influjo de un alucinógeno infernal. Cada visita al espejo era una dosis de ácido lisérgico; muy ocasionalmente, el *viaje* era un buen viaje, y casi siempre el *viaje* era un mal viaje. Pero siempre era un *viaje*.

Keith pidió otro café. Se sentía muy animado.

En realidad quizá no tengo ese aspecto, pensó. Estoy loco, eso es todo. Así que tal vez no hay nada de lo que deba preocuparme. El Trastorno Dismórfico Corporal, o el Trastorno de la Percepción de la Fealdad... Era lo que *esperaba* tener.

Cuando te haces viejo... Cuando te haces viejo, te sorprendes haciendo una audición para el papel de tu vida; luego, al cabo de interminables ensayos, te ves actuando en un film de terror —un film de terror muy poco serio, sin ningún talento y, por encima de todo, de bajo presupuesto, en el cual (como suele ser de rigor en las películas de terror) se reservan lo peor para el final.

Lo que viene a continuación es verdad. Italia es verdad. El castillo es verdad. Las chicas son todas verdad, y los chicos son todos verdad (Rita es verdad; Adriano —increíblemente— es verdad). Ni siquiera se han cambiado los nombres. ¿Para qué preocuparse? ¿Para proteger a unos inocentes? No eran inocentes. O, por el contrario, todos eran inocentes, pero no se les puede proteger.

Así funciona la cosa. Mediada la cuarentena tienes tu primera crisis de mortalidad (*la muerte no va a ignorarme*); y diez años después tienes tu primera crisis de edad (*mi cuerpo me susurra que a la muerte ya le estoy llamando la atención*). Pero en el ínterin te sucede algo verdaderamente interesante.

A medida que se acerca el quincuagésimo cumpleaños, se agudiza la sensación de que tu vida se va adelgazando, y de que seguirá haciéndose más y más fina hasta disolverse en la nada. Y a veces te dices a ti mismo: Eso ha ido un poco rápido. Aquello fue un poco rápido. En determinados estados de ánimo, puedes tener ganas de expresarlo de forma bastante más enérgica. Como por ejemplo: ¡¡¡JORDER!!! ¡¡¡ESTO ha ido COMO UNA PUTA CENTELLA!!! Luego llegaron y pasaron los cincuenta, y los cincuenta y uno, y

los cincuenta y dos. Y la vida vuelve a espesarse. Porque ahora hay una presencia enorme e insospechada dentro de tu ser, como un continente ignoto. Es el pasado.

Libro primero

Donde situamos la escena

1. FRANCA VIOLA

Era el verano de 1970, y el tiempo aún no había invalidado por completo estos versos:

El ayuntamiento carnal dio comienzo
en mil novecientos sesenta y tres
(un tanto tarde para mí),
entre el final de la prohibición de *Chatterley*^[1]
y el primer LP de los Beatles.

PHILIP LARKIN, «Annus Mirabilis» (antes «Historia»), revista *Cover*, febrero de 1968

Pero ahora era el verano de 1970, y el ayuntamiento carnal se hallaba ya bien avanzado. El ayuntamiento carnal había recorrido un camino largo, y estaba muy en la mente de todos.

El ayuntamiento carnal, debo señalar, posee dos características únicas. Es indescriptible. Y puebla el mundo. No debería sorprendernos, pues, el hecho de que esté en la mente de todos.

Durante aquel verano caliente, interminable y eróticamente decisivo Keith se alojaría en un castillo situado en la

ladera de una montaña que miraba a un pueblo de Campania, Italia. Y ahora caminaba por las callejuelas apartadas de Montale, desde el coche al bar, en el crepúsculo, flanqueado por dos rubias de veinte años, Lily y Scheherazade... Lily: 1,65 m, 86-64-86. Scheherazade: 1,78 m, 94-58-84. ¿Y Keith? Bien, pues de la misma edad, y delgado (y moreno, de barbilla engañosa, barba incipiente, aire testarudo); y se ubicaba en ese harto disputado territorio existente entre 1,67 y 1,70 metros.

Datos personales vitales. Que originalmente remitían — en las ciencias sociales— a nacimientos, matrimonios y muertes; ahora remiten a medidas: busto, cintura, caderas. En los días y noches largos de su primera adolescencia, Keith mostraba un interés anormal por esos datos personales (las medidas); solían poblar sus ensoñaciones en sus regodeos solitarios. Aunque siempre fue incapaz de dibujar (era un manazas con los lápices de dibujo), podía escribirlas en el papel: siluetas de mujeres hechas números. Y toda posible combinación, o al menos todo aquello remotamente humanoide (89-114-140, por ejemplo, o 152-152-152), parecía digno de reflexión atenta. Si las medidas eran 116-119-79, o 79-119-116, convenía reflexionar sobre ello. Pero, de algún modo, uno siempre se sentía impelido a remontarse hacia atrás, hacia el arquetipo del reloj de arena, y una vez que te has visto enfrentado a (pongamos) 246-8-246, ya no hay ningún territorio ignoto que explorar; durante una hora puedes deleitarte mirando fijamente el número ocho, primero de pie, luego tumbado; hasta volver somnolientamente a las llorosas y tiernas combinaciones de los setenta y tantos-cincuenta y tantos-setenta y tantos. Meros dígitos, meros números enteros. Sin embargo, de chico, cuando veía este tipo de datos debajo de la fotografía de una cantante o de una starlet, le parecían locuazmente indiscretos, pues le decían todo lo que necesitaba saber sobre algo que no iba a tardar en sucederle. No es que deseara abrazar y besar a aquellas mujeres; aún no. Deseaba

rescatarlas. Las rescataría (por ejemplo) de una fortaleza isleña...

86-64-86, Lily; 94-58-84, Scheherazade...; y Keith. Los tres estudiaban en la Universidad de Londres; derecho, matemáticas, literatura inglesa. *Intelligentsia*, aristocracia, proletariado. Lily, Scheherazade, Keith Nearing.

Caminaron por callejuelas empinadas, deterioradas por los escúteres y cruzadas transversalmente por colgadas de prendas de vestir y ropa de cama limpias agitadas por el viento, y de cuando en cuando, en alguna esquina, acechaba una hornacina, con velas y tapetes y la estatua tamaño natural de un santo, un mártir, un clérigo macilento. Crucifijos, túnicas, manzanas de cera lozanas o corruptas. Y luego estaba el olor, a vino agrio, a humo de cigarrillos, a repollo hervido, a alcantarilla, a colonia lacerantemente dulce..., y un tufo penetrante de fiebre. El trío hizo un cortés alto en el camino al ver cómo una rata parda y majestuosa —magníficamente integrada— cruzó la calleja sin ninguna prisa. De haber tenido la facultad del habla, les habría dedicado un maquina *buona sera*. Ladraban los perros. Keith aspiró hondo, tragó una gran bocanada del tufo cosquilleante, mordaz de la fiebre.

Dio un traspie y recuperó el equilibrio. ¿Qué le pasaba? Desde su llegada, hacía cuatro días, Keith había vivido en una pintura, y ahora estaba saliendo de ella. Con sus rojos cadmio, sus zafiros cobalto, sus amarillos estroncio (todos recién preparados), Italia era una pintura, y ahora él estaba saliendo de ella y entrando en algo que conocía: el centro de ciudad, y las barriadas escaparates de la humilde urbe industrial. Keith conocía las ciudades. Conocía muchas calles principales humildes. Cine, farmacia, estanco, confitería. Con superficies de cristal y luces de neón en el interior —las manifestaciones más tempranas del brillo de *boutique* del estado-mercado—. En un escaparate, maniqués de

plástico marrón caramelizado, uno de ellos sin brazos, otro sin cabeza, dispuestos en actitudes de presentación cortés, como dándote la bienvenida a la forma femenina. El reto histórico se manifestaba tal cual, sin tapujos. Las madonas de madera de las esquinas de las callejuelas serían desbancadas finalmente por las damas de plástico de la modernidad.

Y entonces sucedió algo, algo que él nunca había visto. En cuestión de quince o veinte segundos, Lily y Scheherazade (con Keith más o menos en medio de ellas) se vieron rápida y surrealistamente envueltas por un enjambre de jóvenes, no chicos o jovenzuelos, sino hombres jóvenes con camisas elegantes y pantalones planchados, que gritaban, rogaban, reían con estrépito, todo ello muy vivazmente, como en un truco de naipes de reyes y truhanes: barajando, peinando las cartas, desplegándolas en abanico bajo las farolas... La energía que irradiaban era digna (le pareció) de un motín carcelario de Extremo Oriente o de algún país subsahariano. Pero de hecho no tocaron a nadie, no bloquearon a nadie, y después de un centenar de metros volvieron a disponerse en formación abierta, como una tropa ruidosa; aproximadamente una decena de ellos se contentó con la vista desde atrás, mientras otra decena se agrupaba hacia el centro desde los costados, y la mayoría en cabeza y caminando de espaldas. ¿Y dónde ha visto alguien algo semejante? ¿Todo un tropel de hombres caminando de espaldas?

Whittaker les estaba esperando, con su bebida (y la especie de saca de correos), al otro lado de la luna manchada.

Keith entró en el local, mientras las chicas se rezagaban junto a la puerta (conferenciando o reagrupándose), y dijo:

—¿He visto visiones? Ha sido una experiencia nueva. Dios, ¿qué diablos les pasa?

—Es un enfoque diferente —dijo Whittaker, arrastrando las palabras—. No son como tú. No creen en lo de hacer las cosas con calma.

—Yo tampoco. Yo no hago las cosas con calma. Si lo hiciese, nadie se daría cuenta. ¿Y *qué cosas con calma?*

—Pues haz como ellos. La próxima vez que veas a una chica que te gusta, ponte a pegar botes para llamar su atención.

—Ha sido increíble, eso. Esos..., esos putos *italianos*.

—¿Italianos? Vamos, eres británico. Puedes encontrar algo mejor que *italianos*.

—Está bien. Esos moros... Quiero decir mañosos. Esos putos comejudías.

—Eso se les llama a los mexicanos. Qué patético. Los *italianos*, Keith, son «italianini», «espaguetti», «macarroni».

—Ah, pero a mí me enseñaron a no hacer distinciones por razón de raza o cultura.

—Lo cual te será de gran ayuda. En tu primer viaje a Italia.

—Y todos esos altares... En fin, te lo dije, son mis orígenes. Yo no juzgo. No puedo. Por eso tendrás que cuidar de mí.

—Eres muy sensible. Te tiemblan las manos; míratelas. Y ser neurótico es un trabajo duro.

—Es más que duro. No estoy loco, exactamente, pero tengo episodios. No veo las cosas con claridad. Interpreto mal ciertas cosas.

—Sobre todo con las chicas.

—Sobre todo con las chicas. Y estoy en minoría. Soy un tío y soy británico.

—Y hetero.

—Y hetero. ¿Dónde está mi hermano? Tienes que ser un hermano para mí. No. Trátame como al niño que nunca tuviste.